

Puntos de fuga

Psicoanálisis y transmisión Diálogo ficcionado con el Dr. Sigmund Freud

VANESA M. GARCÍA

Convocada por mi interés en escribir sobre Psicoanálisis y transmisión, pensé: ¿Qué tendría Freud para decirnos al respecto?
Me dejé llevar por la imaginación -lugar de cultivo para que la creación se despliegue-, así es como me surgió la idea de armar un diálogo ficcionado con el Dr. Sigmund Freud, que paso a compartir con ustedes.

V.G.: Debo confesarle que soy una **fiel** lectora de sus obras, es por ello que me honra estar aquí con usted, para abordar el tema que hoy nos convoca en este encuentro que es transmisión y psicoanálisis.

Ya que esbozo la palabra, **fiel**, la voy a usar como disparadora de mi pregunta.

El Sr. Jacques Derrida dice que *“la mejor manera de serle fiel a una herencia, es serle infiel, es decir no recibirla literalmente”*. (1)

En su extensa obra sobre psicoanálisis que nos deja como legado para aquellos que queramos escogerla como herencia, se puede entrever en muchos de sus artículos, en ese largo camino que ha recorrido, algunas veces acompañado y otras no tanto, que hubo maestros que lo han marcado, que no le han sido indiferentes...

Es decir, a quienes les ha sido fielmente infiel ¿De quiénes ha escogido su herencia?

S.F.: Es verdad lo que usted dice, en este largo camino que he transitado, en ocasiones me he sentido acompañado, causado por mis colegas, otras veces me he sentido muy solo, pero han sido momentos de gran producción para mí. Otras me he sentido injustamente invisibilizado y la mayor parte del tiempo he estado en el centro de las tormentas. Pero entiendo que lo que mi teoría le ha aportado a la humanidad, no era, ni es, un lugar cómodo, venir a decirle al mundo que **“el yo no es dueño de su morada”**, bueno decir eso, sosteniendo el convencimiento más absoluto e inquebrantable de creer en el inconsciente, no ha sido sin costos para mi persona.

Es como un rayo que atravesó la faz de la tierra, que una vez dicho, cada quien como parte de la humanidad se la tendrá que ver con ello, negarlo, hacerse cargo...

Para no irme de tema en relación a su pregunta, sé que voy a ser justo con algunos, con otros no tanto, pero es parte del juego que usted me propone, ¡Tengo que decidir!

Voy a hablar de aquellos que indiscutiblemente me han transmitido o como dice usted, de quienes he escogido su herencia.

Comenzaré por decirle que hay dos personas de quien me siento absolutamente deudor, porque han dejado huellas en mí y más allá de mí, no azarosamente he escogido los nombres de dos de mis

hijos varones, dejándoles su sello, ellos son Ernest Brucke y Jean Martin Charcot.

A **Freud, Jean Martin**, quien fue el segundo de nuestros hijos, pero el primero de mis tres hijos varones le pusimos con Martha ese nombre como homenaje a Jean Martin Charcot, pero lo llamábamos Martin.

Freud, Ernst fue nuestro cuarto hijo, tercero y último hijo varón, después de Martin y Oliver. Recibió este nombre en honor a mi querido Brucke. ¡A estos dos grandes hombres voy a recordar!

Brucke ha sido una persona muy importante para mí ya que él tuvo mucho que ver con la elección de mi profesión como médico y luego con mi viaje a París, donde tuve otro gran encuentro con aquella brillante persona ¡Charcot!

V.G.: Comencemos con Brucke.

S.F.: Ingresé a la Universidad de Viena en el otoño de 1873, a la edad de 17 años. Debo reconocer que seguí de una manera negligente mis estudios estrictamente pertenecientes a la carrera médica ya que aprovechaba cualquier oportunidad que se me presentaba para detenerme en lo que me interesaba y nutrirme de otros caminos colindantes.

V.G.: ¿Cuáles eran las cosas que lo hacían detenerse en su carrera y avanzar en esos otros caminos?

S.F.: No sentía atracción directa hacia la medicina propiamente dicha. Siempre sentí que me agradaba fantasear con poder retirarme de la práctica médica para dedicarme a la tarea de descifrar los problemas de la cultura y la historia. En última instancia el gran problema de ¿Cómo el hombre ha llegado a ser lo que es?

En mis años tempranos nunca se me dio por jugar al doctor, mi curiosidad infantil buscó, evidentemente, otros caminos. En mi juventud, había sentido la incontenible necesidad de comprender algo de los enigmas del mundo en que vivimos y de contribuir en algo, acaso, a su solución: lo único que me parecía conceder más esperanzas en cuanto a la realización de esto, era inscribirme en la facultad de medicina y así lo hice.

En ese avanzar lento, bajo la influencia de Brucke -con quién estuve seis años estudiando fisiología en su laboratorio junto a este destacado médico y fisiólogo alemán, el más grande de las autoridades que jamás tuvieron influencias sobre mí-, me afiqué en la fisiología si bien ésta en aquellos tiempos, no pasaba de los estrechos límites de la histología. En esa época yo ya había aprobado todos mis exámenes médicos, pero no demostré ningún interés en hacer nada realmente relacionado con la medicina hasta que a fines de junio de 1882 sucedió un acontecimiento que puede ser considerado como el más decisivo de mi vida: el día en que este maestro a quien yo respetaba profundamente me hizo la advertencia de que, en vista de mis reducidas posibilidades materiales, no me sería posible de ningún modo dedicarme a una carrera puramente teórica. Así fue como pasé de la histología del sistema nervioso a la neuropatología y más tarde, frente a la incitación de nuevas influencias, llegué a ocuparme de la neurosis.

En este punto, entre otros tantos innumerables que podría contarle, ha sido un hombre que me ha dejado marcas.

Siguiendo su consejo, abandoné el laboratorio de fisiología e ingresé en el Hospital General de Viena. Muchos en aquel momento supusieron que había habido una ruptura con Brucke, pero siempre repetí que había tomado esa decisión por recomendación de él, consejo que tomé.

Es más, él conservó un cálido interés por mi carrera, fue mi principal padrino cuando aspiré al título de Privat-Dozent, donde gracias a su influencia obtuve la valiosísima beca para el viaje a París.

Allí conocí a mi querido Charcot. Correspondería continuar contándole sobre Jean Martin, pero es tanto lo que tengo para decirle sobre él, que me parece que merecería un capítulo aparte.

Ahora le quería preguntar algo a usted, quien dice ser una fiel lectora de mis obras. ¿En qué punto me ha sido usted fielmente infiel?

V.G.: Esa respuesta en la que tendría mucho para decirle, la dejamos para el próximo encuentro... ■

Notas

(1) Derrida J., Roudinesco E., *Y mañana, qué...*, Fondo de cultura económica, Buenos Aires, 2009, p. 10.

Las respuestas que le han dado voz a la palabra de Sigmund Freud en este escrito, fueron extraídas de la biografía producida por Ernest Jones., *Freud: Volumen Primero y Segundo*, Salvat, Barcelona, 1985.

El presente texto ha sido publicado en el No. 2 de la revista de Centro Dos, Nudos en psicoanálisis:
www.revistanudos.com.ar